

Final absurdo

Eran las ocho y media de la tarde, y el detective Lorenzo Fresnos¹ estaba esperando una visita. Su secretaria acababa de marcharse; afuera había empezado a llover y Fresnos se aburría. Había dormido muy poco esa noche, y tenía la cabeza demasiado espesa para hacer nada de provecho durante la espera. Echó un vistazo a la biblioteca, legada por el anterior ocupante del despacho, y eligió un libro al azar. Se sentó en su sillón y empezó a leer, bostezando.

Le despertó un ruido seco: el libro había caído al suelo. Abrió los ojos con sobresalto y vio, sentada al otro lado de su escritorio, a una mujer de unos cuarenta años, de nariz afilada y mirada inquieta, con el pelo rojizo recogido en un moño. Al ver que se había despertado, ella le sonrió afablemente. Sus ojos, sin embargo, le escrutaban con ahínco.

Lorenzo Fresnos se sintió molesto. Le irritaba que la mujer hubiese entrado sin llamar, o que él no la hubiese oído, y que le hubiera estado espiando mientras dormía. Hubiera querido decir: «Encantado de conocerla, señora . . .» (era una primera visita) pero había olvidado el nombre que su secretaria le había apuntado en la agenda. Y ella ya había empezado a hablar.

— Cuánto me alegro de conocerle — estaba diciendo —. No sabe con qué impaciencia esperaba esta entrevista. ¿No me regateará² el tiempo, verdad?

— Por supuesto, señora — replicó Fresnos, más bien seco. Algo, quizá la ansiedad que latía en su voz, o su tono demasiado íntimo, le había puesto en guardia —. Usted dirá.³

La mujer bajó la cabeza y se puso a jugar con el cierre de su bolso. Era un bolso antiguo y cursi. Toda ella parecía un poco antigua, pensó Fresnos: el bolso, el peinado, el broche de

Absurd Ending

It was eight thirty in the evening and private investigator Lorenzo Fresnos was expecting a visitor. His secretary had just left; outside it had started raining and Fresnos was getting bored. He had got very little sleep the night before, and felt too groggy to do anything useful while he waited. He glanced over the books, bequeathed by the previous occupant of the office, and chose one at random. He sat down in his armchair and began to read, yawning.

He was woken up by a sharp noise: his book had fallen to the floor. He opened his eyes with a start and saw, sitting on the other side of his desk, a woman of about forty, with a pointed nose and anxious eyes, with auburn hair gathered together in a bun. On seeing that he had woken up, she smiled at him affably. Her eyes, however, were looking him over intently.

Lorenzo Fresnos felt irritated. It annoyed him that the woman had come in without knocking, or that he hadn't heard her, and that she had been spying on him as he slept. He would have liked to have said: 'Delighted to meet you, Mrs . . . ' (it was a first visit) but he had forgotten the name that his secretary had noted down in his diary. And she had already begun to speak.

'I'm really pleased to meet you,' she was saying. 'You can't imagine how I was longing for this interview. You can spare me plenty of time, can't you?'

'Of course I can, madam,' replied Fresnos, rather curtly. Something, perhaps the anxiety that throbbed in her voice, or her over-familiar tone, had put him on his guard. 'What can I do for you?'

The woman looked down and began to fiddle with the fastening on her handbag. It was an old-fashioned and elaborate handbag. Everything about her seemed a bit old-fashioned, thought Fresnos: her

azabache . . . Era distinguida, pero de una distinción tan pasada de moda que resultaba casi ridícula.

– Es difícil empezar . . . Llevo tanto tiempo pensando en lo que quiero decirle . . . Verá, yo . . . Bueno, para qué le voy a contar: usted sabe . . .

Una dama de provincias, sentenció Fresnos; esposa de un médico rural o de un notario. Las conocía de sobras: eran desconfiadas, orgullosas, reacias a hablar de sí mismas. Suspiró para sus adentros: iba a necesitar paciencia.

La mujer alzó la cabeza, respiró profundamente y dijo:

– Lo que quiero es una nueva oportunidad.

Lorenzo Fresnos arqueó las cejas. Pero ella ya estaba descartando, con un gesto, cualquier hipotética objeción:

– ¡No, no, ya sé lo que me va a decir! – se contestó a sí misma –. Que si eso es imposible; que si ya tuve mi oportunidad y la malgasté; que usted no tiene la culpa. Pero eso es suponer que uno es del todo consciente, que vive con conocimiento de causa.⁴ Y no es verdad; yo me engañaba. – Se recostó en el sillón y le miró, expectante.

– ¿Podría ser un poco más concreta, por favor? – preguntó Fresnos, con voz profesional. «Típico asunto de divorcio», estaba pensando. «Ahora me contará lo inocente que era ella, lo malo que es el marido, etc., etc., hasta el descubrimiento de que él tiene otra.»

– Lo que quiero decir – replicó la mujer con fiereza – es que mi vida no tiene sentido. Ningún sentido, ¿me entiende? O, si lo tiene, yo no lo veo, y en tal caso le ruego que tenga la bondad de decirme cuál es. – Volvió a recostarse en el sillón y a manosear el bolso, mirando a Fresnos como una niña enfadada. Fresnos volvió a armarse de paciencia.

– Por favor, señora, no perdamos el tiempo. No estamos aquí para hablar del sentido de la vida. Si tiene la bondad de decirme, concretamente – recalcó la palabra –, para qué ha venido a verme . . .

La mujer hizo una mueca. Parecía que se iba a echar a llorar.

– Escuche . . . – se suavizó Fresnos. Pero ella no le escuchaba.

handbag, her hair style, her jet brooch . . . She was refined but it was a refinement that was so out of date that it almost seemed ridiculous.

'It's hard to know how to start . . . I've been thinking for so long about what I want to tell you . . . You see, I . . . Yet, why should I be telling you? You already know . . .'

A lady from the provinces, concluded Fresnos; the wife of a country doctor or solicitor. He knew their type only too well: they were suspicious, proud and reluctant to talk about themselves. He sighed inwardly: this was going to call for patience.

The woman looked up, took a deep breath and said:

'What I want is a fresh chance.'

Lorenzo Fresnos raised his eyebrows. But she was already brushing aside, with a gesture, any hypothetical objection.

'No! No! I know what you're going to tell me,' she replied to herself. 'That it's just not possible, that I've already had my chance and I threw it away, that it's not your fault. But that supposes that one's totally aware of what one's doing, that one lives fully aware of the consequences of one's actions. And it's simply not true. I was kidding myself.' She lay back in the chair and looked at him, expectantly.

'Could you be a bit more specific, please?' asked Fresnos, in a professional voice. 'Typical divorce case,' he was thinking. 'Now she'll tell me all about how innocent she was, how bad her husband is etc., etc., right up until she discovers that he's got another woman.'

'What I mean,' replied the woman fiercely, 'is that my life has no meaning. No meaning, do you understand? Or if it's got one, I can't see it. If that's the case, I beg you to tell me what it is.' She sank back into her chair again and carried on fiddling with her handbag, looking at Fresnos like an angry little girl. Fresnos once more drew on his reserves of patience.

'Please, madam, let's not waste time. We're not here to talk about the meaning of life. If you'd kindly tell me exactly,' he stressed the word, 'why you've come to see me.'

The woman made a face. It looked as though she was going to burst into tears.

'Listen . . . ' said Fresnos, softening a little. But she wasn't listening to him.

— ¡Pues para eso le he venido a ver, precisamente! ¡No reniegue ahora de su responsabilidad! ¡Yo no digo que la culpa sea toda suya, pero usted, por lo menos, me tenía que haber avisado!⁵

— ¿Avisado? ¿De qué? — se desconcertó Fresnos.

— ¡Avisado, advertido, puesto en guardia, qué sé yo!⁶ ¡Haberme dicho que usted se desentendía de mi suerte, que todo quedaba en mis manos! Yo estaba convencida de que usted velaba por mí, por darle un sentido a mi vida . . .

Aquella⁷ mujer estaba loca. Era la única explicación posible. No era la primera vez que tenía clientes desequilibrados. Eso sí, no parecía peligrosa; se la podría sacar de encima por las buenas. Se levantó con expresión solemne.

— Lo siento, señora, pero estoy muy ocupado y . . .

A la mujer se le puso una cara rarísima: la boca torcida, los labios temblorosos, los ojos mansos y aterrorizados.

— Por favor, no se vaya . . . no se vaya . . . no quería ofenderle — murmuró, ronca; y luego empezó a chillar — : ¡Es mi única oportunidad, la única! ¡Tengo derecho a que me escuche! ¡Si usted no . . . ! — Y de pronto se echó a llorar.

Si algo no soportaba Fresnos era ver llorar a una mujer. Y el de ella era un llanto total, irreparable, de una desolación arrasadora. «Está loca», se repitió, para serenarse. Se volvió a sentar. Ella, al verlo, se calmó. Sacó un pañuelito de encaje para enjugarse los ojos y volvió a sonreír con una sonrisa forzada. «La de un naufrago intentando seducir a una tabla», pensó Fresnos. Él mismo se quedó sorprendido: le había salido una metáfora preciosa, a la vez original y ajustada.⁸ Y entonces tuvo una idea. Pues Fresnos, como mucha gente, aprovechaba sus ratos libres para escribir, y tenía secretas ambiciones literarias. Y lo que acababa de ocurrírsele era que esa absurda visita podía proporcionarle un magnífico tema para un cuento. Empezó a escucharla, ahora sí, con interés.

— Hubiera podido⁹ fugarme, ¿sabe? — decía ella —. Sí, le confieso que lo pensé. Usted . . . — se esforzaba visiblemente en

‘Well, this is precisely what I’ve come to see you about! Don’t get out of your responsibility now! I’m not saying that it’s all your fault, but you should have at least informed me!’

‘Informed you? What about?’ replied Fresnos, in bewilderment.

‘Informed me, warned me, put me on my guard, done something about it anyway. You should have told me that you were washing your hands of what might happen to me, that it was all up to me! I was absolutely certain that you were watching over me, to ensure that my life had a meaning . . .’

This woman was crazy. There was no other explanation. It wasn’t the first time that he had had a mentally unbalanced client. Admittedly she didn’t seem dangerous; he could get rid of her in a nice way. He stood up with a solemn expression on his face.

‘I’m sorry, madam, but I’m very busy and . . .’

There was a very strange change in the woman’s expression: her mouth became twisted, her lips trembled and her eyes became meek and full of terror.

‘Please don’t go . . . don’t go . . . I didn’t mean to offend you,’ she whispered in a hoarse voice. Then she began to scream. ‘It’s my only chance, my only one! I’ve got a right to be listened to! If you don’t listen to me . . .’ And she suddenly broke down in tears.

If there was something that Fresnos couldn’t stand, it was to see a woman crying. And her crying was all-consuming, inconsolable and stemming from an overwhelming feeling of distress. ‘She’s crazy,’ he repeated under his breath, in order to calm himself down. He sat down again. On seeing this she became more composed. She took out a small lace handkerchief in order to dry her eyes and smiled again with a forced smile. ‘The smile of a shipwrecked person trying to seduce a plank of wood,’ thought Fresnos. He was amazed: he had come up with a delightful metaphor that was both original and appropriate. Then he had an idea. For Fresnos, like many others, used to use his free moments to write and he had secret literary ambitions. What had just occurred to him was that this absurd visitor could provide him with marvellous subject matter for a story. He now began to listen to her with a real interest.

‘I could have run away, you know,’ she was saying. ‘Yes, I admit that I did consider it. You . . .’ she was making an obvious effort to

intrigarle, en atraer su atención —, usted creía conocer todos mis pensamientos, ¿verdad?

Lorenzo Fresnos hizo un gesto vago, de los que pueden significar cualquier cosa. Estaría con ella un rato más, decidió, y cuando le pareciese que tenía suficiente material para un relato,¹⁰ daría por terminada la visita.

— ¡Pues no! — exclamó la mujer, con tono infantilmente burlón —. Permítame que le diga que no es usted tan omnisciente como cree, y que aunque he sido un títere en sus manos, también tengo ideas propias. — Su mirada coqueta suavizaba apenas la agresividad latente en sus palabras. Pero Fresnos estaba demasiado abstraído pensando en su cuento para percibir esos matices.

— . . . cuando me paseo por el puerto, ¿recuerda? — continuaba ella —. En medio de aquel revuelo de gaviotas chillando, que parecen querer decirme algo, transmitirme un mensaje que yo no sé descifrar. — Se quedó pensativa, encogida.¹¹ «Como un pajarito», pensó Fresnos, buscando símiles. «Un pajarito con las plumas mojadas» —. O quizá el mensaje era, precisamente, que no hay mensaje — murmuró ella.

Sacudió la cabeza, volvió a fijar los ojos en Fresnos y prosiguió:

— Quería empezar de nuevo, despertarme, abrir los ojos y gobernar el curso de mi vida. Porque aquel día, por primera y desgraciadamente única vez, intuí mi ceguera — «¿Ceguera?», se asombró Fresnos —. Esa ceguera espiritual que consiste en no querer saber que uno es libre, único dueño y único responsable de su destino, aunque no lo haya elegido; en dejarse llevar blandamente por los avatares de la vida. — «Ah, bueno», pensó Fresnos, algo decepcionado. Claro que en su cuento podía utilizar la ceguera como símbolo, no sabía bien de qué, pero ya lo encontraría.

— Por un momento — continuó la mujer —, jugué con la idea de embarcarme en cualquier barco y saltar a tierra en el primer puerto. ¡Un mundo por estrenar. . . !¹² — exclamó, inmersa en sus fantasías —. A usted no le dice nada, claro, pero a mí . . . Donde todo hubiera sido asombro, novedad: con calles y caminos que no se sabe adónde llevan, y donde uno no

interest him, to capture his attention, 'you believed that you knew all my thoughts, didn't you?'

Lorenzo Fresnos made a vague gesture, of the kind that can mean anything. He would stay with her for a while longer, he decided, and when he thought that he had enough material for a story, he would put an end to the interview.

'Well, you don't!' exclaimed the woman, with a childishly mocking tone. 'Allow me to inform you that you're not as omniscient as you think and that, although I've been a puppet in your hands, I've got my own ideas as well.' Her coquettish gaze hardly softened at all the latent aggression in her words. But Fresnos was too absorbed thinking about his story to notice such subtleties.

' . . . When I'm strolling round the harbour, do you remember?' she went on. 'Surrounded by the din of screeching seagulls, who seem to want to tell me something, to pass on to me a message that I can't decipher,' she broke off, thoughtful and huddled up. 'Just like a little bird,' thought Fresnos, searching for símiles. 'A little bird with wet feathers.' 'Or perhaps the message was precisely that there isn't any message,' she whispered.

She shook her head, stared at Fresnos once more and carried on:

'I wanted to start out again, to wake up, open my eyes and take control over the course of my life. Because that day, for the first and unfortunately the only time, I guessed about my blindness.' 'Your blindness?' repeated Fresnos, in amazement. 'That spiritual blindness that consists in not wanting to know that one is free and that one's the sole mistress and person responsible for one's destiny, even if one hasn't chosen it; in allowing oneself to be carried along meekly by the ups and downs of life.' 'Oh, I see,' thought Fresnos, somewhat disappointed. Of course, in his story he could use blindness as a symbol. He wasn't sure of what, but he would find something.

'For one moment,' continued the woman, 'I toyed with the idea of setting sail in any old boat and jumping ashore in the first port I came to. A new world to be discovered!' she exclaimed, immersed in her fantasies. 'Of course it doesn't mean anything to you, but for me . . . A place where everything would have been amazing, completely new: with streets and paths leading goodness knows where, and where

conoce, ni alcanza siquiera a imaginar, lo que hay detrás de las montañas . . . Dígame una cosa – preguntó de pronto –: ¿el cielo es azul en todas partes?

– ¿El cielo? Pues claro . . . – respondió Fresnos, pillado por sorpresa. Estaba buscando la mejor manera de escribir¹³ su rostro, su expresión. «Ingenuidad» y «amargura» le parecían sustantivos apropiados, pero no sabía cómo combinarlos.

– ¿Y el mar?

– También es del mismo color en todas partes – sonrió él.

– ¡Ah, es del mismo color! – repitió la mujer –. ¡Del mismo color, dice usted! Si usted lo dice, será verdad, claro . . . ¡Qué lástima!

Miró al detective y le sonrió, más relajada.

– Me alegro de que hagamos las paces. Me puse un poco nerviosa antes, ¿sabe? Y también me alegro – añadió, bajando la voz – de oírle decir lo del cielo y el mar. Tenía miedo de que me dijera que no había tal cielo ni tal mar, que todo eran bambalinas¹⁴ y papel pintado.

Lorenzo Fresnos miró con disimulo su reloj. Eran las nueve y cuarto. La dejaría hablar hasta las nueve y media, y luego se iría a casa a cenar; estaba muy cansado.

La mujer se había interrumpido. Se hizo un silencio denso, cargado. Afuera continuaba lloviendo, y el cono de luz cálida que les acogía¹⁵ parecía flotar en medio de una penumbra universal. Fresnos notó que la mujer estaba tensa; seguramente había sorprendido su mirada al reloj.

– Bueno, pues a lo que iba . . . – continuó ella, vacilante –. Que conste que no le estoy reprochando que me hiciera desgraciada. Al contrario: tuve instantes muy felices, y sepa usted que se los agradezco.

– No hay de qué – replicó Fresnos, irónico.

– Pero era – prosiguió la mujer, como si no le hubiera oído – una felicidad proyectada hacia el porvenir, es decir, consistía precisamente en el augurio (creía yo) de una felicidad futura, mayor y, sobre todo, definitiva . . . No sé si me explico. No se trata de la felicidad, no es eso exactamente . . . Mire, ¿conoce usted esos dibujos

one doesn't know, can't even begin to imagine, what lies beyond the mountains . . . Tell me something,' she suddenly asked. 'Is the sky blue everywhere?'

'The sky? Well, of course . . . ' replied Fresnos, taken by surprise. He was trying to find the best way of describing her face, her expression. 'Naivety' and 'bitterness' seemed appropriate nouns, but he didn't know how to combine them.

'What about the sea?'

'That's the same colour everywhere, as well,' he said, smiling.

'Ah, so it's the same colour!' repeated the woman. 'The same colour, you say. If you say so, it'll be true, of course . . . What a pity!'

She looked at the private investigator and smiled at him, more relaxed now.

'I'm delighted that we've made it up. I got a bit worked up earlier on, didn't I? I'm also delighted,' she added, lowering her voice, 'to hear you say that about the sky and the sea. I was frightened that you'd tell me that there wasn't such a thing as the sky or the sea, that they were all drop cloths and wallpaper.'

Lorenzo Fresnos took a sly look at his watch. It was nine fifteen. He'd let her talk until nine thirty, and then he'd go off home to have dinner; he was very tired.

The woman had broken off. There followed a deep, heavy silence. Outside it was still raining, and the cone of warm light that bathed them seemed to float in the midst of a universal shadow. Fresnos noted that the woman was on edge; she must have caught him glancing at his watch.

'Well, as I was telling you . . . ' she went on, hesitatingly. 'Believe me, I'm not blaming you for making me unhappy. On the contrary: I enjoyed some very happy moments, and I want you to know that I'm grateful for them.'

'Don't mention it,' replied Fresnos, with irony.

'But it was,' the woman carried on, as if she hadn't heard him, 'a happiness aimed at the future, that's to say, it constituted precisely the prediction (or so I thought) of a future happiness that would be greater and, above all, lasting . . . I don't know if I'm making myself clear. It's not a matter of happiness, it's not that exactly . . . Look,

que a primera vista no son más que una maraña de líneas entrecruzadas, y en los que hay que colorear ciertas zonas para que aparezca la forma que ocultan? Y entonces uno dice: «Ah, era eso: un barco, o un enanito, o una manzana» . . . Pues bien, cuando yo repaso mi vida, no veo nada en particular; sólo una maraña.

«Bonita metáfora», reconoció Fresnos. La usaría.

— Cuando llegó el punto final — exclamó ella, mirándole de reojo — le juro que no podía creérmelo. ¡Era un final tan absurdo! No me podía creer que aquellos sueños, aquellas esperanzas, aquellos momentos de exaltación, de intuición de algo grandioso . . ., creía yo . . ., terminaran en . . ., en agua de borrajas¹⁶ — suspiró —. Dígame — le apostrofó repentinamente —: ¿por qué terminó ahí? ¡Siempre he querido preguntárselo!

— ¿Terminar qué? — se desconcertó Fresnos.

— ¡Mi historia! — se impacientó la mujer, como si la obligaran a explicar algo obvio —. Nace una niña . . ., promete mucho . . ., tiene anhelos, ambiciones, es un poquitín extravagante . . ., lee mucho, quiere ser escritora . . ., incluso esboza una novela, que no termina — hablaba con pasión, gesticulando —, se enamora de un donjuán¹⁷ de opereta que la deja plantada . . ., piensa en suicidarse, no se suicida . . ., llegué a conseguir una pistola, como usted sabe muy bien, pero no la usé, claro . . ., eso al menos habría sido un final digno, una conclusión de algún tipo . . ., melodramático, pero redondo, acabado . . ., pero ¡qué va!, sigue dando tumbos por la vida . . ., hace un poquito de esto, un poquito de aquello . . ., hasta que un buen día, ¡fin! ¡Así, sin ton ni son! ¿Le parece justo? ¿Le parece correcto? ¡Yo . . .!

— Pero ¿de qué diablos me está hablando? — la interrumpió Fresnos. Si no le paraba los pies, pronto le insultaría, y eso ya sí que no estaba dispuesto a consentirlo.

La mujer se echó atrás y le fulminó con una mirada de sarcasmo. Fresnos observó fríamente que se le estaba desahaciendo el moño y que tenía la cara enrojecida. Parecía una verdulera.¹⁸

— ¡Me lo esperaba! — gritó —. Soy una de tantas,

are you familiar with those drawings that at first sight are nothing but a jumble of criss-crossing lines, and in which you have to colour in certain areas so that the hidden shape appears? Then one says: 'Oh, that's what it was: a ship, or a dwarf or an apple' . . . Well, you see, when I go over my life, I can't see anything in particular; just a jumble.'

'A nice metaphor,' admitted Fresnos. He'd use it.

'When I reached the final full-stop,' she exclaimed, casting him a sidelong glance, 'I swear that I couldn't believe it. It was such an absurd ending! I couldn't believe that those dreams, those hopes, those moments of euphoria, of intuition about something impressive . . ., I thought . . ., that they should all come to . . . nothing,' she sighed. 'Tell me,' she rounded on him, all of a sudden, 'why did you end it there? I've always wanted to ask you that!'

'End what?' Fresnos asked, taken aback.

'My story!' retorted the woman, losing her patience, as if she were being forced to explain something obvious. 'A girl is born . . . she has promise . . . she has longings, ambitions, she's a tiny bit extravagant . . . she reads a lot, she wants to be a writer . . . she even drafts a novel, that she doesn't finish,' she was speaking with feeling, waving her arms about, 'she falls in love with a Don Juan straight out of an operetta who ditches her . . . she contemplates suicide, she doesn't go through with it . . . I managed to get hold of a pistol, as you know only too well, but I didn't use it, of course . . . that at least would have been a worthy ending, a conclusion of some kind . . . melodramatic, but rounded, completed . . . but, oh no, she carries on lurching from one disaster to another through life . . . doing a bit of this, a bit of that . . . until one fine day, the end! Just like that, without rhyme or reason! Does that seem fair to you? I . . .!'

'What on earth are you talking about?' Fresnos cut her short. If he didn't put her in her place, she would soon be insulting him, and there was no way in which he was going to allow that.

The woman flung herself back in her chair and glared at him with a look full of sarcasm. Fresnos observed with indifference that her bun was coming undone, and that she was red in the face. She looked like a fishwife.

'Just as I expected!' she shouted. 'You've got lots of women like me,

¿verdad? Me desgracia la vida, y luego ni se acuerda. Luisa, los desvelos de Luisa,¹⁹ ¿no le dice nada? ¡Irresponsible!

– Mire, señora – dijo Fresnos, harto –, tengo mucho que hacer, o sea, que hágame el favor . . .

– Y sin embargo, aunque lo haya olvidado – prosiguió ella, dramática, sin oírle²⁰ –, usted me concibió. Aquí, en este mismo despacho: me lo imagino sentado en su sillón, con el codo en la mano, mordisqueando²¹ el lápiz, pensando: «Será una mujer. Tendrá el pelo rojizo, la nariz afilada, los ojos verdes; será ingenua, impaciente; vivirá en una ciudad de provincias . . .» ¿Y todo eso para qué? ¿Para qué, dígame! ¡Con qué finalidad, con qué objeto! ¡Pero ahora lo entiendo todo! – vociferó –. ¡Es usted uno de esos autores prolíficos y peseteros que fabrican las novelas como churros²² y las olvidan en cuanto las han vendido! ¡Ni yo ni mis desvelos le importamos un comino! ¡Sólo le importa el éxito, el dinero, su mísero pedacito de gloria! ¡Hipócrita! ¡Impostor! ¡Desalmado! ¡Negrero!

«Se toma por un personaje de ficción», pensó Fresnos, boquiabierto. Se quedó mirándola sin acertar a decir nada, mientras ella le cubría de insultos. ¡Aquello sí que era una situación novelesca! En cuanto llegara a casa escribiría el cuento de corrido. Sólo le faltaba encontrar el final.

La mujer había callado al darse cuenta de que él no la escuchaba, y ahora le miraba de reojo, avergonzada y temerosa, como si el silencio de él la hubiera dejado desnuda.

– Déme aunque sólo sean treinta páginas más – susurró –, o aunque sean sólo veinte, diez . . . Por favor, señor Godet . . .

– ¿Señor Godet? . . . – repitió Fresnos.

Ahora era ella la que le miraba boquiabierta.

– ¿Usted no es Jesús Godet?

Lorenzo Fresnos se echó a reír a carcajadas.

La mujer estaba aturdida.

– Créame que lamento este malentendido – dijo Fresnos. Estaba a punto de darle las gracias por haberle servido en bandeja un argumento para relato surrealista –. Me llamo Lorenzo

haven't you? You ruin my life and then you can't even remember. Luisa, Luisa's trials and tribulations. Doesn't that ring a bell with you? You wretch!

'Look, madam,' said Fresnos with exasperation, 'I've got lots to do, so could you please . . .'

'And yet, even if you've forgotten about it,' she went on dramatically, without listening to him, 'you conceived me. Here, in this very office: I can picture you sitting in your chair, with your elbow in your hand, chewing your pencil, thinking: "It'll be a woman. She'll have auburn hair, a pointed nose and green eyes; she'll be innocent, impatient; she'll live in a provincial town . . ." What was the point of all that? Explain to me what was the point! What was your purpose, your aim? But I can see it all clearly now!' she yelled. 'You're one of those prolific and money-grubbing authors who make novels as if they were churning out doughnuts, and who forget all about them as soon as they have sold them! You don't give a damn about me or my trials and tribulations! You just care about success, money and your wretched little bit of glory! Hypocrite! Charlatan! Heartless monster! Slave trader!'

'She thinks she's a fictional character,' thought Fresnos, open-mouthed. He sat watching her without managing to say anything, while she hurled insults at him. This certainly was a scene straight out of a novel! As soon as he got home he would rattle off the story. He only had to find the ending.

The woman had fallen silent on realizing that he wasn't listening to her, and she was now watching him out of the corner of her eye, shamefaced and fearful, as if his silence had left her naked.

'Give me even thirty more pages,' she whispered, 'or even only twenty, ten . . . Please, Señor Godet . . .'

'Señor Godet?' repeated Fresnos.

It was now her turn to look at him open-mouthed.

'Aren't you Jesús Godet?'

Lorenzo Fresnos began to roar with laughter.

The woman was bewildered.

'I am so sorry for this misunderstanding, believe me,' said Fresnos. He was about to thank her for having served up to him on a plate the plot for a surrealistic story. 'My name is Lorenzo

Fresnos, soy detective, y no conozco a ningún Jesús Godet. Creo que podemos dar la entrevista por terminada. – Iba a levantarse, pero ella reaccionó rápidamente.

– Entonces, ¿usted de qué novela es? – preguntó con avidez.

– Mire, señora, yo no soy ningún personaje de novela; soy una persona de carne y hueso.

– ¿Qué diferencia hay? – preguntó ella; pero sin dejarle tiempo a contestar, continuó: – Oiga, se me ha ocurrido una cosa. Ya me figuraba yo que no podía ser tan fácil hablar con el señor Godet. Pues bien, ya que él no nos va a dar una nueva oportunidad, más vale que nos la tomemos nosotros: usted pasa a mi novela, y yo paso a la suya. ¿Qué le parece?

– Me parece muy bien – dijo tranquilamente Fresnos. – ¿Por qué no vamos a tomar una copa y lo discutimos con calma? – Sin esperar respuesta, se levantó y fue a coger su abrigo del perchero. Se dio cuenta de que no llevaba paraguas, y estaba lloviendo a mares. Decidió que cogería un taxi. Entonces la oyó gritar.

Estaba pálida como un cadáver mirando la biblioteca,²³ que no había visto antes por estar a sus espaldas. La barbilla le temblaba cuando se volvió hacia él.

– ¿Por qué me ha mentido? – gritó con furia –, ¿por qué? ¡Aquí está la prueba! – Señalaba, acusadora, los libros –. ¡Cubiertos de polvo, enmudecidos, inmovilizados a la fuerza! ¡Es aún peor de lo que me temía, los hay a cientos! Sus *Obras Completas*, ¿verdad? ¡Estará usted satisfecho! ¿Cuántos ha creado usted por diversión, para olvidarlos luego de esta manera? ¿Cuántos, señor Godet?

– ¡Basta! – gritó Fresnos. – ¡Salga inmediatamente de aquí o llamo a la policía!

Avanzó hacia ella con gesto amenazador, pero tropezó con un libro tirado en el suelo junto a su sillón. Vio el título: *Los desvelos de Luisa*. Creyó comprenderlo todo. Alzó la cabeza. En ese momento menguó la luz eléctrica; retumbó un trueno, y la claridad lívida e intemporal de un relámpago les inmovilizó. Fresnos vio los ojos de la mujer, fijos, desencajados, entre dos instantes de total

Fresnos, I'm a private investigator, and I don't know any Jesús Godet. I think that we can consider this interview as finished.' He was going to get up but she reacted quickly.

'In that case, which novel are you out of?' she asked eagerly.

'Look, madam, I'm not a character out of any novel; I'm a flesh and blood person.'

'What difference is there?' she asked; but without giving him time to answer she went on, 'Listen, I've thought of something. It had already crossed my mind that it wouldn't be as easy as that to talk to Señor Godet. All right then, as he's not going to give us another chance, we'd better seize it ourselves: you can come over to my novel, and I can go over to yours. What do you think?'

'I think it's a great idea,' Fresnos said, unruffled. 'Why don't we go and have a drink and talk it over calmly?' Without waiting for a reply, he stood up and went to get his coat from the coat-stand. He realized that he didn't have an umbrella, and that it was teeming down with rain. He decided that he would take a taxi. Then he heard her shout.

She was as pale as a corpse looking at the books, which she hadn't noticed before as she had had her back to them. Her chin was trembling as she turned round to him.

'Why have you lied to me?' she shouted wildly. 'Why? Here's the evidence!' she pointed at the books accusingly. 'Covered in dust, silenced, forced into inactivity! It's even worse than I thought. There are hundreds of them! They're your *Complete Works*, aren't they? You'll be pleased with yourself. How many have you created to amuse yourself, only to forget all about them later on in this way? How many, Señor Godet?'

'That's quite enough!' shouted Fresnos. 'Get out of here at once or I'll call the police!'

He moved towards her with a threatening gesture, but tripped over a book lying on the floor next to his chair. He noticed the title: *The Trials and Tribulations of Luisa*. He thought he understood everything. He looked up. At that moment the electric light grew dim; there was a rumble of thunder and the pale, timeless brightness of a flash of lightning paralysed them. Fresnos saw the woman's eyes, wild and staring, between two moments of complete

oscuridad. Siguió un fragor de nubes embistiéndose; arreció la lluvia; la lámpara se había apagado del todo. Fresnos palpaba los muebles, como un ciego.

— ¡Usted dice que el cielo es siempre azul en todas partes! — La voz provenía de una forma confusa y movediza en la penumbra —. ¡Sí! — gritaba por encima del estruendo —, ¡menos cuando se vuelve negro, vacío para siempre y en todas partes!

— ¡Tú no eres más que un sueño! — vociferó Fresnos, debatiéndose angustiosamente —. ¡Soy yo quien te he leído y quien te está soñando! ¡Estoy soñando, estoy soñando! — chilló en un desesperado esfuerzo por despertar, por huir de aquella pesadilla.

— ¿Ah, sí? — respondió ella burlona, y abrió el bolso.

Enloquecido, Fresnos se abalanzó hacia aquel bulto movedizo. Adivinó lo que ella tenía en sus manos, y antes de que le ensordeciera el disparo tuvo tiempo de pensar: «No puede ser, es un final absurdo . . .»

«Ni más ni menos que cualquier otro», le contestó bostezando Jesús Godet mientras ponía el punto final.²⁴

darkness. There followed the din of clouds crashing into each other; the rain grew heavier; the lamp had gone out completely. Fresnos felt his way between the furniture like a blind man.

'You say that the sky is always blue everywhere!' The voice came from an indistinct and moving shape in the shadows. 'Yes!' she shouted above the din, 'except when it turns black, empty for ever and everywhere!'

'You're just a dream!' yelled Fresnos, flailing about in great distress. 'I'm the one who read about you and who is dreaming you up! I'm dreaming, I'm dreaming!' he screamed in a desperate effort to wake up, to flee from the nightmare.

'Indeed?' she replied, mockingly, and opened her handbag.

Driven to distraction, Fresnos flung himself at the moving shape. He guessed what she had in her hands and, before being deafened by the shot, he had time to think: 'This is impossible, it's an absurd ending . . .'

'No more nor less than any other ending,' Jesús Godet answered, yawning as he added the last full-stop.